

Estructura y persona

Jaime CASTAÑI

Más que comentario o valoración de una filosofía actual o reciente de su contexto científico y su clima ideológico —y sin adoptar un enfoque ni los métodos de la sociología—, la presente reflexión propone, tal vez con excesiva ingenuidad, ser un examen directo de ciertas relaciones básicas entre *estructura* y *persona*.

Como punto de partida, antes de cualquier definición ideal, surge el hecho de una desarmonía: la desarmonía y tensión que se produce entre el sistema (abstracto o concreto) y el hombre. Este hecho debe estudiarse en sí mismo y en los complejísimos términos que presupone. El esfuerzo por hacer luz sobre tan oscura y comprometida temática, puede resultar casi enteramente fallido; y por muy pequeña y provisional que sea la aportación, se nos exige intentarla, ya que están aquí en juego cuestiones de importancia decisiva.

¿PUEDE EL HOMBRE REALIZARSE HUMANAMENTE?

Hablar de “estructura”, quizá no signifique estudiar al hombre en forma directa y explícita, o signifique más bien estudiar aquello que deshumaniza al hombre y le sustituye por el sistema. En todo caso hoy aparece como cierta y fundamental una situación que, con sus ventajas e inconvenientes, afecta a nuestra realidad más íntima: el núcleo de luz e iniciativa que llamamos “persona”, donde el sujeto humano toma cuerpo y se encauza a sí mismo —donde también con el proyecto humano surge y reside el conocimiento— es el que es por la múltiple, recíproca y sistemática unión entre él y otros núcleos de iguales características, dentro de una totalidad o conjunto que los abarca y domina a todos.

La “situación” aludida implica más que elementos propios de una determinada cultura, o inscritos en la actual coyuntura histórica.

Por otra parte, esa situación se nos descubre en el doble terreno de la realidad y de la postura ideológica adoptada por buen número de científicos y pensadores. Ahora bien, ni la ideología ni tampoco la realidad son el terreno más a propósito para una construcción "sistemática" del conocimiento —para una construcción "estructural"— que desde un ámbito ulterior a la persona, la domine iluminándola y sin llegar nunca a oprimirla. Parece indicado centrar aquí nuestra atención: preguntarnos por un tipo de conocimiento que se forma y desarrolla, articulándose fuera del individuo personal, fuera del hombre singular y concreto, e incide en cada uno de los distintos sujetos humanos ofreciéndoles luz e impulso para adueñarse de su respectiva historia, es decir, para constituirse como sujetos.

Si esta pregunta nos llevara a una respuesta afirmativa, hallaríamos algún criterio de solución no sólo para problemas cognoscitivos de índole estructural, sino también para otros que, en el terreno de la realidad o de la ideología, suponen la invasión abusiva de la persona por parte del sistema, entendido éste como totalidad que en tal caso —al invadir así a la persona— la absorbe y hasta cierto punto la destruye, ya sea a nivel abstracto-normativo (ideológico) ya a nivel de la vida concreta y real.

¿COMO DESCUBRIR CAMINOS DE SALVACION HUMANA?

Adoptada, según acaba de sugerirse, la perspectiva del conocimiento (gnoseológica), habría que preguntarse por la *coherencia* y su desarrollo progresivo; y por la relación mutua —no interpretada aún como recíproco influjo causal— entre los datos empíricos y dicha coherencia. Pero la cuestión capital es otra: el estudio de esa coherencia cognoscitiva deberá aclarar quién sea la *persona*, que la descubre y en algún sentido la construye, más queda también en cierto modo sistematizada por ella, absorbida, cual si no pasara de ser uno de los datos empíricos sujetos a las normas del conocimiento formal.

Al preguntar sobre hechos no bien definidos, sin haber definido tampoco los conceptos destinados a formular las preguntas, nos ponemos en peligro de error, o por lo menos vamos hacia interpretaciones ambiguas que quizá no permitan ver la respuesta buscada. El riesgo puede superarse, con todo, a partir de los mismos hechos: adentrándonos en ellos con penetración cada vez más exacta y comprensiva, lo cual permitirá al propio tiempo una claridad y precisión cada vez mayores en la fijación conceptual y en el uso de los términos.

La coherencia y progresivo desarrollo del conocimiento humano son hechos (datos efectivos) que tienen lugar en diversa medida según

los casos, y obedecen a determinadas condiciones. Su efectividad se discute: es obvio que tienen lugar. El problema consiste en darles amplitud, aplicación y, desde luego, perfección lo adecuado posible; en cómo interpretarlos de manera auténtica y justa, sin acudir a hipótesis gratuitas e injustificables; en cómo cubrir con exactitud sus condiciones y la relación que los liga a ellas; por último, y sobre todo —¿a qué ocultarlo?— el problema consiste en cómo lograr que el pensamiento (con su coherencia, fecundidad, y a pesar de sus limitaciones) traiga alguna respuesta segura, aclaratoria, progresiva, hasta la propia raíz del error y de la angustia; y trayéndola, sea principio de salvación.

PREVALECE EL “TODO” SOBRE LOS ELEMENTOS

Los varios aspectos de nuestra cuestión teórico-práctica que se acaban de sugerirse, exigen, por de pronto, sea aquí explicada la noción de “coherencia”. Con estas palabras se quiere significar una vinculación mutua, interdependencia según la cual un dato lleva consigo otros datos y a la vez les está por completo referido; el todo o sistema de relaciones prevalece sobre cada uno de los tantos núcleos incluidos en él, los funda, y así da razón aun a cada uno de ellos en su respectiva singularidad, pues ningún dato puede constituirse como un hecho se constituye, ni ser lo que es, sino por formar parte de un todo conjunto; los núcleos de unidad lo son por el sistema al que pertenecen, y no pueden concebirse cual si fueran “absolutos”, independientes, ni previos a su mutua vinculación.

Al explicar la noción de “coherencia”, queda ya dicho, en igual medida, qué se entiende por “estructura”: lo característico de las estructuras es la coherencia, descrita según los rasgos o notas que las definen y bosquejados.

Debe explicitarse en seguida una de esas notas; y a continuación será preciso interrogar sobre el alcance del “hecho”, y sobre el modo de “ocurrir” o “darse” del hecho que ciertas estructuras cognitivas parecen mostrar en la raíz de su constitución. La nota aludida —nota que con demasiada frecuencia los estructuralistas dejan en la penumbra— es la de “progreso” o desarrollo progresivo: el crecimiento humano *se estructura*, más bien que consistir en estructuras fijas o prefijadas.

Pero la última afirmación ha de ponerse en tela de juicio mediante un examen preciso y aclare un examen riguroso; y el criterio para

latarla reside en el *hecho* de las estructuras, es decir, en otro de los puntos que también piden aclaración.

LA PERSONA, ABIERTA Y CAPAZ DE INICIATIVA

Al pensamiento se le descubren las cosas; le están abiertas, gracias a la apertura iluminadora con que las recibe. En el mundo nos es peculiar (es peculiar a las personas) la dimensión definida por esa apertura ante la presencia, por el poder de iniciativa, por la disposición a poner en común algo o mucho de sí mismo. El pensamiento descubre en tal dimensión la presencia humana. Más todavía: pensar es descubrir la presencia —hallarla y recibirla y hacerla suya— desde la presencia humana.

La forma del pensamiento no se estructura desde nuestra sola individualidad, ni su contenido se enmarca allí donde el sujeto individual le da vigencia y configuración; sin duda, tampoco provienen del individuo los cauces o normas previos a su propia actividad cognoscitiva, que en él rigen esa actividad y hacen posible y efectiva la gradual aparición de las estructuras concretas. Ateniéndonos al testimonio de los datos, advertimos cierta uniformidad reguladora que en la raíz del pensamiento lo capacita para ver con orden y sentido, y con progresiva amplitud, la presencia de las cosas (al decir "cosas", entiéndase realidades de cualquier índole).

Esa uniformidad no resulta de los hombres tomados en conjunto ni tomados como individuos; los actos cognoscitivos la presuponen, en lo que tienen de contenido y de forma u organización sometidas al cambio, y por ende en su estructuración progresiva, sea ésta la que fuere. Así, hay en el origen del pensamiento unidad previa a toda posible diferenciación psíquica interhumana; previa a cualquier desarmonía u oposición entre los procesos mentales que distinguen a los individuos o grupos.

Ahora bien, lo que en la referida unidad es presencia todavía velada u oculta, adquiere contorno humano y calidad profunda y explícita de *presencia* al concretarse en los contenidos y formas del pensamiento individual, y en las formas y contenidos que son peculiares del grupo o comunes a una pluralidad más o menos numerosa de individuos. La referida presencia no sólo consiste en tener ante nosotros, claro y patente, el dato que por imponérsenos como seguro y ulterior a la mera apreciación subjetiva recibe el nombre de "hecho"; también hay presencia *humana*, de ningún modo ceñida al

ámbito de los hechos exteriores, pues ella condiciona y caracteriza nuestra misma captación de tales hechos.

La persona piensa con espíritu más que individual; piensa la persona desde el interior de una mente ya dispuesta por previos flujos humanos, y movida al pensamiento por la necesidad y por las relaciones interhumanas. Pero tampoco nace ni se agota la “presencia” que ilumina a la persona y es el núcleo vivo y mario del pensamiento; la revelación de los hechos a la mente sonal, el influjo que en tal revelación tiene el contacto mutuo con las personas, las fuerzas que desde estratos profundos y con actividad interhumana mueven el dinamismo del pensamiento —la captación y el influjo y las fuerzas ahora aludidos— son, en su capacidad cognoscitiva, más bien camino o cauce que manantial y soporte; más bien que fundar, lo que les corresponde es recibir y transmitir; a nivel específico del hombre, son otros los recursos fundamentales y es otra la presencia decisiva. A dicho nivel son los aptos para proceder según condicionamientos psíquicos profundos y para recibir y ejercer influjo interhumano, y para ver la presencia de los datos o fenómenos, gracias a una *presencia iluminada constitutiva* que desde su ámbito ulterior a los distintos hechos particulares, y a la vez siéndoles más íntima y honda que la propia singularidad e interrelación de los mismos, se comunica a ellos de modo que les da cuanto son, y así, constituyéndolos, también ilumina y explica ante nuestra mirada interior.

Hay mutua afinidad entre la persona y la mencionada presencia; por eso la mente humana dispone de recursos que le permiten alcanzar la raíz de los hechos y, hasta cierto punto, dominar con poder de iniciativa. Tales recursos se encuentran en numerosas manos porque, según acaba de sugerirse, la persona descubre lo indisoluble pero real y fecundísima dualidad entre los hechos sencillos y múltiples, y el *hecho* fundamental de estar todos constituidos.

¿BUSCAR SOLO DENTRO DE LAS ESTRUCTURAS?

Al hablar de “estructura”, aunque la atención se centre en aspectos cognoscitivos, resulta fácil confundir los planos que se ha habido ocasión de reconocer como diversos e irreductiblemente posibles y frecuente trasladar del uno al otro soluciones, insuficientes o siquiera preguntas, que sólo rigen y tienen sentido si se refiere con relación radical a su plano correspondiente, al que donde está su auténtico origen.

La diversificación aquí apuntada lleva consigo una interdependencia que estructuralistas notables rehúsan o rehúyen señalar con el debido rigor y hasta las últimas consecuencias. Lo más cómodo y para algunos lo más indiscutible es aceptar la suficiencia de las estructuras: podrán articularse entre sí, pero no requieren fundamentación, y cada una por su parte explica los hechos que su propia red correlacional abarca y combina.

Tal como ocurre innumerables veces, esa actitud es válida, con validez fecunda, a lo largo de etapas que sin duda pertenecen al camino; y pierde su validez y su fecundidad al atribuirse todas las etapas o la fijación absoluta del derrotero. Para decirlo con mayor claridad, además de las estructuras y de su causalidad interna, hay problemas que exigen solución para poder justificarlas. Con otras palabras todavía: el hecho de las estructuras ha de mirarse en el contexto de preguntas previas y ulteriores.

¿O quizá afirmar así la primacía de un contexto oscuro, problemático, pero más fundamental y abarcador que las estructuras, es incurrir en prejuicios contrarios a la ciencia, basados en la absurda pretensión de encontrar respuesta absoluta para cuestiones sólo relativas? Convendría aclarar esta insinuación. Recordemos que por la coherencia y el desarrollo progresivo las estructuras pueden ir dando razón de los distintos hechos singulares, a primera vista dispersos y caóticos. Dicho de manera más precisa: tiene lugar en la mente una *función combinatoria* siempre inagotable, que nos permite relacionar hechos, u otros datos de cualquier índole, según los contrastes que se descubren entre ellos. Por el criterio del contraste, los datos reciben en la mente una sistematización cada vez más segura, y siempre susceptible de mayor amplitud; al conocer la diferenciación, disponemos de una clave para la certeza y progresivo desarrollo del pensamiento. ¿A qué buscar otros principios o bases, cuando ya se tiene la clave especulativa para resolver las cuestiones fácticas a medida que surgen, suscitadas por la vida concreta? Aunque el hombre no consiga respuesta pronta y cabal, siendo la clave segura, y patente el camino de la solución, ¿por qué sustituir la clave y tomar otro camino? ¿Es justo preferir una fundamentación oscura, nunca capaz de descubrirnos su propia coherencia a nivel de los datos relativos, ni de explicarlos sin ver en ellos otras tantas afirmaciones de un absoluto que los anula absorbiéndolos?

Se impone un examen más atento y riguroso, así de esta postura como también de la que venía perfilándose en la anterior aproximación a los hechos. Por de pronto tratemos de captar con la ma-

yor adecuación posible en qué consiste la causalidad interna de estructuras, para pasar después a la vertiente de los datos empíricos, y a la del tan discutido origen absoluto, el cual lo sería de la luz que ilumina las estructuras y el pensamiento. Sólo esperar observaciones muy breves, y en más de un punto demasiado imprecisas.

APROXIMACION DE LAS ESTRUCTURAS A LA VIDA

Los hechos singulares se explican (aceptemos la hipótesis) por vinculación que guardan entre sí en la trama de su estructura afirmarlos no presupone interpretación realista de las estructuras ni de su causalidad interna. Tan sólo se dice que el conocimiento organiza los datos y es su organización: todos están en dependencia recíproca y radical, de manera que cada uno consiste en peculiar función respecto de los demás, dentro del conjunto organizado o sistema. No se conciben tales fenómenos de un substrato oculto, o tales aspectos dinámicos de una totalidad que es en sí misma y tiene entre sus notas la funcionalidad mutua de los propios elementos; se descarta aquí cuanto no pertenezca al orden cognoscitivo.

Hablar, pues, de causalidad interna —a propósito de las estructuras— significa hacer referencia a la aclaración de los datos en sus partes funcionales de un todo que empieza y termina allí donde empieza y termina la sistematización del conocimiento humano.

Pero sería injusto negar los esfuerzos con que el pensador y el científico intentan llegar desde el “todo” cognoscitivo concreto siempre más o menos parcial, a una amplitud sistemática cada vez mayor, lograda a través de la progresiva articulación entre estructuras. Tampoco sería justo olvidar que el desarrollo del tema y la apertura de nuevas perspectivas no se buscan sólo afán de promover la coherencia abstracta; más bien se busca coherencia cuya piedra de toque es *la vida* con sus problemas el sentido de que el sistema se considera válido si desde su interior puede ir dando respuesta a los problemas empíricos, y tanto más válido y fecundo cuanto mayor sea dicha capacidad.

Nos importa reflexionar por algunos momentos sobre esta relación entre el imperativo de una vida problematizadora por un lado y la suficiencia sistemática de las estructuras por otro.

SENTIDO PERSONAL DE LAS ESTRUCTURAS

Es evidente que ni un sistema cognoscitivo singular ni distintos sistemas abiertos y articulados entre sí se bastan, en su propia coherencia, al tener que proyectarse sobre hechos extrínsecos (hechos problemáticos de la vida concreta), cuya fuerza primaria no forma parte del orden cognoscitivo ni puede tampoco ser evitada por las estructuras del conocimiento. Quien se propone eludir el panlogismo subsistente y absoluto, sabrá ver que el orden cognoscitivo, con toda su fecunda sistematicidad, ni es el único, ni extrae del sistema ciertos datos rectores, aunque conocer uno cualquiera de esos datos sea descubrir su armonía con otros, según leyes que rigen en la correspondiente estructura.

Parece se podría resumir de modo muy claro y breve: en la vida surgen hechos problemáticos, que por ser tales exigen el dinamismo necesario —entiéndase, incondicional y seguro— del conocimiento; pero que por su contextura de hechos son previos y ulteriores al orden cognoscitivo, y más fundamentales, y justificantes del mismo.

Entre la gratuidad que en el plazo cognoscitivo muestran los datos (con su aspecto oscuro, a primera vista anómalo) y la firmeza de la constitución que en ellos también se descubre, está la zona luminosa, sistemática y expansiva del *conocimiento*. Conocer es recibir luz incondicional —segura, al par que inagotable y progresiva— idéntica al *hecho originario* de la constitución, y al recibirla iluminar aquello que en los hechos constituidos se nos muestra aún gratuito y anómalo, o sea, problemático.

Pero la ambigüedad evidente de la última afirmación nos sitúa ante un punto crucial. ¿Cómo interpretar la relación entre “luz” y “problema”, tendida a través de las estructuras cognoscitivas? Conocer, ¿sería aquietar la imprevisible fuerza de los hechos mediante un sistema que los incluya y los absorba? ¿O quizá ir adquiriendo la persuasión clara, indiscutible, de que estaba ya todo prefijado y presente en las estructuras? El desarrollo del conocimiento ¿se reduciría a una progresiva manifestación de lo ya fijado y hecho, a una monstruosa tautología?

Si antes y después del sistema hay algo (oscuridad y luz, inconsistencia fáctica y acto constitutivo) ¿no bastaría con la dialéctica interior de esa realidad, sin mediación del conocimiento? ¿Prevalen las estructuras, o la gratuidad y anarquía de los hechos, o una consistencia absoluta que todo lo invade y domina? Y entre tales opciones, ¿qué lugar ocupa la persona y cuál es su destino?

Salvo todavía un criterio: que estas preguntas no deban formularse por carecer de sentido y traducir lo más infundado y endeble de las estructuras, su exigencia de fundamentación. En todo caso importa señalar que si en algún lugar aparece el sistema cognoscitivo, ese lugar es la persona; y que en ella inciden las estructuras con todos sus recursos y toda su problemática.

LAS ESTRUCTURAS Y EL HORIZONTE HUMANO

Hay quien sostiene que el hombre, además de no constituir el tema, tampoco lo ve desarrollarse, ni siquiera lo ve como totalidad que le desborda y domina. Es el sistema —el sistema hipotasiado, pudiera decirse— quien se construye y se muestra y capta a través del hombre. En el hombre sin duda hay cierta fuerza muy débil y efímera, y un poder de iniciativa igualmente frágil; pero nada de esto radica ni reside en el hombre, sólo pasa por él desde un origen siempre inalcanzable, desde un sujeto que, si se busca, parece estar cada vez más remoto y ser cada vez más difícil.

A pesar de todo, he ahí un dato firme y patente: la persona que eres tú, la persona que soy yo, preguntan, hablan, aman, temen, sufren, someten a crítica sus pensamientos y propósitos, conciben su oscuridad y en alguna medida la remedian.

La ciencia se estructura a nivel distinto del de las fluctuaciones subjetivas; así ha de ser, por la propia naturaleza del saber científico y en beneficio del hombre. No sólo la abstracción matemática requiere estructuras cognoscitivas: las exige el estudio de los hombres y de todo cuanto se relaciona con ellos. Es obligado reconocerlas en la persona, y buscarlas a partir de raíces en muchos casos biológicos, o inconscientes, o previas a la subjetividad. Huelga decir cuán indispensable resulta, para la ciencia y para la vida, prestar atención a las múltiples formas de sistema que desde el ámbito interhumano condicionan al individuo y afectan aún en el más íntimo de las decisiones y los criterios personales. En fin, la progresiva articulación de las estructuras mentales podrá abrir al hombre nuevos caminos de claridad y de comprensión mutua. ¿Qué más: no se ve motivo para reprochar a quienes, como científicos, admiten la validez de las estructuras absteniéndose de toda alusión a lo que ellas presuponen fuera del sistema, autorregulador y progresivo. Lo discutible y parcial es la metafísica de la ausencia, la reclusión, del sinsentido o gratuidad. Los hechos impiden aceptarlas como seguras y definitivas.

Nuestra luz interior es poca, y nuestro poder de iniciativa no pasa de ser torpe y frágil. Pero somos capaces (es capaz la persona) de ver con la mirada interior una presencia que los distintos hechos, y por de pronto la propia subjetividad, necesitan como previa, constitutiva y reveladora. Podemos verla y experimentar, sentir, que siendo origen siempre inagotable, lejos de suprimirnos, sostiene y constituye nuestra libertad y nos abre el horizonte de la vida.